



ALBUM.

Fragmento de un viage á Francia por los Pirineos de Aragon.



n día que me acuerdo muy bien era de Agosto, antes que el sol saliese, salí yo de César Augusta (hoy Zaragoza) en una galera arrastrada por cuatro animales de diferentes especies y géneros, á saber: una yegua, un caballo, un mulo y una mula, cuyo estado de debilidad, á la par que daba á entender á las claras lo mucho que trabajaban y lo poco que comían, hacían dudar de la veracidad de aquel dicho vulgar, «tripas llevan piernas.»

En este monumento de nuestros progresos en las artes y ciencias íbamos acinadas entre nuestras maletas y baules hasta diez y seis personas de todos sexos y edades, y aun estoy por decir de todas condiciones... Las que la casualidad colocó á mi lado nada tenían de comun, al menos en la apariencia... Iba á mi diestra un hombre como de

hasta 40 años cumplidos, regordote, de grandes y sonrosados carrillos... ojos hundidos... boca pequeña, cuyos labios, separados por una ligera sonrisa, dejaban ver una limpia y bien conservada dentadura... Por su levita larga, hasta arrastrarse, su calzon, botín y corbatín negros, escondido este entre los pliegues que su robusto cuello formaba, se podía asegurar que era algun ex-monge de los últimamente suprimidos... A mi siniestra se colocó una matrona... con un niño en la lactancia aun — Señora, siento mucho decirla á V. que si no me deja un poco mas de espacio, concluirá por ahogarme — Que se haga un poco mas allá... el padre — oiga; ¿nos estrecharemos, contesta este, para que vaya ella á sus anchas? vaya!... vaya!... Si no trajeran tanto gorro, dijes y escándalos!... Pero, señores, repliqué, yo que no traigo gorros ni dijes, qué pecados he cometido para que me lleven VV. en prensa?

Mas la buena Señora me apretaba sin consideracion alguna... yo cedía,

y á mi vez me echaba sobre el de lo negro... Éste me rechazaba, ... y como su gravedad específica era mayor que la mía, daba conmigo sobre la Señora, ésta no pudiendo resistir el choque, caía sobre su colateral, ... el que cogido de sorpresa cae... y vá á dar con el paraguas que llevaba en la mano, sin duda para que no se le estropease, sobre una bota de vino que iba colgada: se revienta, salta un caño del negro licor, y riega abundantemente á un vecino, que al verse tan mal parado, zas, se echa sobre el colateral, la vasija se escurre con el golpe y viene á parar sobre el chiquillo, en cuya inocente boca cae parte del contenido... Chilla este... la madre se desgañita... yo creyendo hacer un favor quiero coger la vasija casi medio vacía, y me doy tan poca maña, que acabo de vaciarla en el cerviguillo de mi vecino el de lo negro... ¡Qué algarabía, cielos santos!

Restablecióse por fin la paz, no sin graves debates, decididos todos á sacrificarnos por la mútua tranquilidad durante nuestro viage... Ejemplo inaudito en estos tiempos que alcanzamos!

Después de quince horas de marcha, sin mas interrupción que las que nos hicieron hacer las señoras, los chiquillos y mi vecino. — Después de quince horas de sufrir veinte coscorrones en cada vaiven del carro, de aguantar el llorar de los niños, el gruñir de el de lo negro, acompañado todo del monótono son de las campanillas del ganado, llegamos por fin á *Gurria*, cansados, molidos, maldiciendo del que le ocurrió decir «poco á poco se va lejos.»

Pasaré por alto el agradable descanso que nos proporcionó la posada, en la que encontramos para comer de todo... lo que nosotros llevábamos, y para dormir el duro suelo... pues dos

cosas que llamaban camas, sirvieron, como es justo, para el bello sexo...

Pasamos la noche, y con nosotros mil insectos, que no se descuidaron en advertir la satisfacción que con nuestra llegada experimentaban.

Amaneció y tornamos á nuestra galera... Hicimos la jornada con la misma comodidad y buen humor, pero en mejor armonía que la víspera. Por fin entramos en el deseado *Ayerbe*, pueblo situado al pie de las primeras cordilleras que por aquella parte se encuentran, dirigiéndose á la frontera de Francia... Aquí fué troya... como el camino carretil no pasa de dicho pueblo, preciso nos fué abandonar la galera por los mulos que para pasar aquellas montañas nos proporcionó el dinero y los arrieros del país. Como hay tanta afición en España á los mulos, todos queríamos apropiarnos los mejores, en lo que, como mis lectores supondrán, no se quedó en zaga nuestro buen *D. Cleofus*... así se llamaba el de lo negro... Gracias al tratado celebrado en la galera, al cabo de dos horas quedó *D.^a Mencia* acomodada sobre un mulo de ocho cuartas, iba en un sillón tan vacilante como la cabeza de un borracho, pues en vez de cincha le sujetaba solo una cuerda anudada por tres ó cuatro puntos: El del paraguas subió una carga, cuyo tercio derecho mas pesado que el de la izquierda, se logró equilibrar con una piedra; con esto, y con la advertencia que se le hizo de inclinarse un poco hácia este último costado, se consiguió por el pronto que la carga no voltease: *D. Cleofus* logró por fin encajonar en una silla la mitad de sus posaderas, pues la otra mitad flotaba sobre los borrenes... El resto de la comitiva nos fuimos acomodando poco mas ó menos como los dichos.

Rompimos la marcha, no sin ha-



berla suspendido dos veces para buscar el ridículo que D.^a Mencia habia olvidado, la caja de rapé de D. Cleofas, y los pañales del niño. Pasáronse horas y horas, y con ellas algun par de leguas, ya por que aquellos caminos, ó mas bien sendas, no permiten mayor rapidez, ya por que siempre que habia algun mal paso, cosa muy frecuente, rompian las señoras un escopeteo de chillidos, al que contestaban los arrieros con una descarga de votos, ya tambien por que se caía alguna carga, ó se torcia algun sillón: acontecimientos que deteniendo á uno, obligaban á pararse á todos, pues los precipicios que bordeaban la senda, ó lo escarpado del monte, impiden generalmente en aquellos parages que pasen dos caballerías á la par.

Era ya pasado el dia, cuando al bajar por la pendiente de unas de aquellas montañas oímos á lo lejos el sordo rumor de una tronada... La atmósfera se quedó en una imponente y abrasadora calma. Ibanse oyendo cada vez mas cerca los truenos, cuyo estampido retumbaba de montaña en montaña... y al poco rato vimos presentarse agarrados en los montes que á nuestro frente teníamos espesos y negros nubarrones... Todos callamos, excepto los arrieros, que con descompasadas voces y descomunales golpes arreaban las caballerías, diciéndonos, que si la tempestad nos cogia en la hondonada en que nos hallábamos éramos perdidos...

Por mas que hicimos no pudimos evitar lo que nuestros conductores temian. Los relámpagos y truenos se sucedian con increíble celeridad... y las nubes amontonadas sobre nuestras cabezas, desprendian torrentes de agua... El arroyo que poco antes no podia arrastrar el menor átomo, se convirtió en pocos momentos en un torrente; de los barrancos que separa-

ban las montañas bajaban ya fuertes arroyos que por momentos crecian. En esta situacion resolvimos guarecernos en el corral de un ganado que en el alto de un cerro se divisaba á nuestra izquierda.

Emprendimos este nuevo movimiento votando los arrieros; las señoras pidiendo á Santa Bárbara socorro, y D. Cleofas rezando un trisagio. A los pocos pasos apenas podian dar uno las caballerías, pues humedecido el terreno, se resbalaban por él, tanto que todos preferimos valernos de nuestros pies. = Nuestra situacion cada vez era mas crítica... en vano suplicábamos á los arrieros que nos auxiliasen, pues como para ellos las mulas, como la mitad de su ser, nos abandonaron por cuidar, como ellos decian, de su hacienda... Nunca olvidaré aquellos instantes... La naturaleza parece que queria ostentar todo el poder de sus elementos... El bramido del viento, el confuso estrépito de los torrentes arrastrando y precipitando en su caída peñas, árboles, piedras, tierra, cuanto á su paso encontraban... la terrible claridad de los relámpagos y los truenos, que á cada uno parecia que el cielo se abria para destruir la tierra... nos aterraban mientras que subíamos por una escarpada pendiente cayendo y levantando... Empapados en agua, salpicados de lodo, descalzos, y con los rostros desencajados...

Jóven y con fuerzas animaba á mis compañeros de viage... Iba á dar la mano á D. Cleofas, que por Dios me la pedia, cuando ví á D.^a Mencia, con su hijo en los brazos, resbalar, caer, y bajar despeñada... Todos arrojamus un Ay!... que á los cielos debió llegar... pues en el mismo instante vimos á la pobre madre agarrada con un brazo en un arbusto, y con el otro presentándonos á su hijo, y gritando-

:

nos pendiente de sus ojos una lágrima... Salvad á mi hijo... No pude ver aquella infeliz asida de un frágil arbusto sobre un abismo, presentándonos á su tierno hijo, sin que atropellando todo me arrojase á salvarla... La gritó... ánimo... valor... Señora... sostener un instante... y os salvo... La infeliz, aun cuando no hubiera tenido fuerzas, el amor de madre se las hubiera dado...

Me precipito de mata en mata... La desdichada gritaba «pronto, «pronto... pues sentia que la rama que la sostenia se iba rasgando poco á poco... «Pronto... gritó... y cuando llegué... oí un Ay!... seguido del ruido que produce la caída de un cuerpo

desde una elevacion... La infeliz no existia.

Y allí de rodillas todos... por templo la bóveda del cielo, por imagen del poder del Señor la tempestad, y por antorchas la luz de los relámpagos, rogamos á Dios por su alma.

Aquella noche nos refugiamos en el corral de los pastores, y al otro dia, con el párroco del pueblo inmediato y sus vecinos, á duras penas pudimos bajar al precipio en que yacía el cadáver de la desventurada, que aun tenia en sus brazos al de la inocente criatura... Los condujimos al cementerio, en el que yacen en paz... «Pasageros, rogad á Dios por su alma.»

O.

Rui Lopez de Avalos, ó el cerco de Benabente.

I.

Benabente, la antiquísima villa de Leon, se hallaba sitiada en 1383 por un ejército de Ingleses á las órdenes del Duque de Alencastre. Titulábase el Duque Rey de Castilla, fundando su derecho á la corona en su matrimonio con la hija de D. Pedro el Cruel y Doña María de Padilla, y mas que todo en la fuerza de sus armas y en el apoyo que encontró en los Portugueses resentidos con el Rey de Castilla. El ejército enemigo habia pasado de Portugal, habia entrado por las tierras del Reino de Leon, y viniendo á caer sobre Benabente apretaba el sitio con mucho empeño. Los vecinos de la poblacion se defendian valerosamente fieles al pleito-homenage que habian hecho á su legítimo soberano D. Juan I, Monarca ascendido al trono con la aprobacion y gozo univer-

sal de las provincias: sin embargo la villa ya no podia sostenerse mucho tiempo; el ejército enemigo era incomparablemente superior á la escasa guarnicion de los sitiados, que habiendo de acudir á varios puntos acometidos á la vez, agotaron bien pronto las fuerzas, las armas y las municiones. Hasta los mas decididos empezaban ya á desconfiar: el vulgo no acostumbrado á las privaciones del sitio clamaba en alta voz, todos cuantos se hallaban fatigados de la guerra aconsejaban una capitulacion, cuando la villa fué rescatada por el valor de un hombre solo, Gobernaba la plaza en nombre del Rey de Castilla D. Rui Lopez de Avalos, hombre que habia jurado morir ó vencer; conociendo que la villa no podria resistir el próximo asalto, determinó averiguar aquel pleito con las

armas y fiar á su valor la suerte de sus conciudadanos, terminando la contienda en un combate personal.

II.

Hallábase el Duque de Alencastre en su tienda con los principales gefes de su ejército, cuando le avisaron la llegada de un heraldo que traía un mensaje de la plaza. Introducido que fué á la presencia del Duque habló en estos términos.

«D. Rui Lopez de Avalos, Conde de Rivades, Adelantado mayor de Murcia y Gobernador de Benabente, desafia á combate á muerte á vos el Duque de Alencastre ó cualquiera de los caballeros esforzados del ejército que quiera cruzar la espada con él en combate personal, con estas dos únicas condiciones:

Que si vuestro campeon venciere se os abrirán al instante las puertas de la villa.

Que si mi Señor saliese triunfante, os retirareis con vuestro ejército lejos de nuestras murallas.

El primer movimiento del Duque fué aceptar él mismo el desafio; pero las fuertes representaciones de sus capitanes le hicieron desistir de aquel empeño á que le incitaba su valor y su orgullo resentido. Todos los gefes se ofrecían á la vez á castigar la audacia del Gobernador enemigo, en términos que el Duque por no desairar á ninguno de aquellos altivos paladines mandó echar sus nombres en un casco y que un pagecillo sacase por suerte una de las cédulas, empenándose en que su nombre entrase tambien en el número. Tocó la suerte á uno de los mas valientes capitanes, que se contempló dichoso por esponer su vida y combatir por su príncipe.

Decid á vuestro amo, dijo el Duque al heraldo, que me conformo con las

condiciones del desafio, y que mañana al amanecer se presente á combatir con uno de mis caballeros en el puente situado á igual distancia del campamento y de la ciudad.

III.

Dos destacamentos de caballería saliendo á un mismo tiempo del campamento y de la poblacion llegaron á las cabeceras del puente, donde se detuvieron. Venia en la una el caballero inglés y sus favorecedores, y en la otra cuadrilla el caballero español con sus padrinos. Cada cuadrilla venia bien provista de armas y caballos con una bandera, símbolo de las dos naciones desafiadas. El sitio en que se verificaba la lid obligaba á pelear á pie, razon por la que los dos adalides adelantándose de sus cuadrillas se aparearon de los caballos y fueron á colocarse uno enfrente de otro en medio de la puente. El sol asomando por el horizonte venia á alumbrar aquella escena, mientras que los habitantes de la ciudad desde lo alto de las murallas divisaban las tiendas, las banderolas del ejército contrario, y veían brillar por la llanura los cascos, las corazas y lanzas enemigas, hasta que el sonido belicoso de las trompetas hizo dirigir las miradas de todos los de la ciudad y del campamento al sitio en que se daba el combate.

Los dos guerreros partiendo uno contra otro se cargaron con igual furor. La edad, las fuerzas y el valor parecían iguales en ambos; así es que por destreza, por fuerza que uno y otro manifestaban no se notaba en ellos la menor desventaja. Al principio atendían mas á defenderse de los golpes, y así pasaron largo rato sin que los espectadores pudiesen decidir cuál de ellos llevaba lo mejor de la lid. Admirados los campeones de ha-

llar tanta resistencia en su contrario redoblaron la violencia y la rapidez de los golpes que se oían resonar desde muy lejos. Rui Lopez dividió de un tajo el escudo de el inglés, que empuñando su espada á dos manos vino á caer con inaudita furia sobre el caballero español. Cubierto este con su escudo pudo evitar gran parte del golpe, aunque cediendo un poco de tierra, pero el inglés perdiendo el equilibrio dió en tierra con tal ruido de sus armas que se oyó en lo alto de las murallas de Benabente. Siguióse á tal estruendo un silencio de algunos mi-

nutos y al cabo de ellos se distinguió á Rui Lopez de Avalos, que levantando en alto, asida por los cabellos la cabeza de su enemigo, la arrojó lejos de sí, yendo á hundirse en el rio, y dejando teñida en sangre la superficie de las aguas.

Al siguiente dia los Ingleses estaban lejos de Benabente: Rui Lopez de Avalos cambió este nombre en el de Condestable de Castilla, y las armas y bandera del Inglés fueron á depositarse en su capilla de San Estéban de Toledo.

F. F. Villabrille.



EL PICO DE ADAM.

Es una montaña de forma cónica, situada casi en el centro de la Isla de *Ceylan*... Se descubre á 30 leguas de distancia. Se sube á su cima por unas escaleras abiertas á pico en sus escarpadas laderas, pero para llegar á la cúspide es preciso valerse de escaleras de mano, pendientes de unas cadenas de hierro. En la cima hay una pradera de 1650 pies cuadrados, y en esta un pequeño lago, de el que nace un rio sagrado para los Sectarios de *Buddha*... Se ve tambien en la misma una gran peña que tiene impresa la huella de un pie gigantesco.

Los Mahometanos dicen que es del pie de Adam, los Cristianos del de Santo Tomás, y los Indígenas del de *Buddha*... estos últimos aseguran que su Dios se lanzó desde este sitio despues de 999 metamorphosis al cielo. Se conservaba en el mismo parage el colmillo de un Mono; pero habiéndole visto los Portugueses se lo llevaron en el año de 1554, y de orden de la Inquisicion fué quemado, á pesar de haber ofrecido por él 700000 ducados las naciones que profesaban la religion de *Buddha*.